

LA HORA DE NAPOLEON

Lecciones de la
historia para
todos los tiempos.

JUNIO 1971

por PIETRO UBALDI

El libro "Vida de Napoleón escrita por el mismo", traducción italiana de la edición inglesa de Murray de 1817, me invita a colocar más exactamente mi pensamiento sobre este gran hombre, sobre el destino de un pueblo y de una revolución.

Esto encierra, en síntesis, los acontecimientos de un continente, de un período de historia, de una idea social nueva y tan vasta que aun camina. Dejo a los historiadores las particularidades de los hechos que no valdría la pena repetir. Me agrada, entre tanto, investigar por detrás de ellos a fin de descubrir el hilo sutil con el cual el destino entretiene la vida de los hombres y de los pueblos.

Napoleón fue un hombre de excepción, por eso en él, el destino fue constreñido a hablar con más evidencia. Cada vida posee una ley, pero en tales vidas especialísimas habla la historia. No interesa la investigación de los estudios de cosas napoleónicas, si el libro es de su puño u obra de

intérpretes. El sabor napoleónico, en aquel estilo robusto, nervioso, concreto, existe y esto basta para sentirle, a través de la palabra, la figura y el pensamiento.

En aquel estilo vibra la voluntad y la decisión, palpita la potencia del hombre habituado a la acción y a la victoria.

Por este motivo, leí el volumen sin parar y apenas terminado, nació este trabajo. Pocos libros saben excitar en mí, reacciones tales y pocos he encontrado así, densos de vida y de conceptos.

Leí en las profundidades de la vida grande y trágica de este hombre, las enseñanzas de la historia. La molición del reinado debilitado de Luis XV, hijo degenerado del Rey Sol, perdió hasta su última justificación, la gracia en la bondad débil y miope del pobre Luis XVI, víctima de la fuerza.

La tempestad de sangre se desencadena y del terreno aún rojo, nace una epopeya heroica y trágica para la cual es llamado como protagonista un desconocido

que accidentado, de las capas inferiores sociales subiendo, demostrando contener la más fecunda reserva de vida que aflora así a la superficie de la historia, siempre renovada en estas oscuras siembras.

La historia impregnada de las creaciones grandiosas del 1700, experimentaba un período de guerra y de poderío exigiendo de Napoleón la fuerza y la voluntad para disciplinar el orden nuevo que amenaza naufragar en la rivalidad entre las naciones, primera y natural consecuencia del sistema representativo, en un pueblo no preparado anticipadamente.

La vida produce en Napoleón su nota de fuerza necesaria para la sinfonía de sus desenvolvimientos y la utiliza en el momento oportuno, a fin de completar su concierto con los demás. Se delinean aquí los dos momentos de la vida de Napoleón: en el que ejecuta su misión y está en pleno acuerdo con las exigencias de la historia y aquel en el cual surge el reverso.

Hay lógica en el cambio de posición de la vida de un hombre y en el desenvolvimiento de un fenómeno social. No se puede discrepar por cuanto Napoleón sintetizó el esfuerzo de un pueblo para fijar una idea en el mundo, las fuerzas de la vida no lo abandonaron. La idea revolucionaria volaba, como las águilas, contra los viejos sistemas decadentes de la Edad Media.

Napoleón resume en sí el duelo

inmenso trabado entre Francia y el mundo civil de entonces. No había en la realidad sino una lucha universal de ideas, una tentativa de expansión, como verificamos aún hoy, en proporciones mayores. La coalición de Europa y Francia representan dos principios en lucha. "Napoleón debía completar la revolución, dándole característica legal, a fin de hacerla reconocida y legitimada por el derecho público de Europa".

En cuanto batalló por la aceptación de principios nuevos y elevados, el destino le fue favorable. Es que los jefes, no son, conforme creo, servidores apenas y artífices de la evolución, lo que ya sería grandioso, sino, sobre todo, instrumentos momentáneos y activos del pensamiento de Dios.

De acuerdo con el mismo principio la historia aparta a sus grandes hombres, cuando no sirven más a sus fines. Por lo tanto, ay de aquel que traiciona su propia misión; se verá abandonado por las mismas fuerzas que lo elevaron a la posición de gobierno.

Aquí se inicia la segunda fase de la vida de Napoleón. La fuerza en la cual había creído, por motivos muy profundos, lo abandonó. Su voluntad movió otros impulsos en su destino, el cual no es fatal, ineluctable, sino consecuencia de fuerzas sensibles a nuestro deseo. El había confundido su propia persona con su misión y la idea de la revolución.

El triunfo aparente de la fuerza le pareció la substancia, la fi-

y humilde corso.

El está hecho para la guerra; y el destino parece saberlo, le constriñe a hacerla y vencerla. Con la revolución a las espaldas es colocado en situación de no poder retroceder más. De esta manera, une sus fuerzas a las de los acontecimientos, que hacen valorizar su indiscutible autoridad en medio de una sociedad que renueva su construcción, sus condiciones y sus cuadros.

El cuerpo social al nacer de la revolución cambia su estructura; sacudidas las viejas organizaciones, hay un esfuerzo de reestructuración en busca de nuevas y estables posiciones en un terreno libre, exigiendo hombres nuevos.

Sobre el vacío hecho por la revolución, en cuanto a cabezas coronadas, la historia puede escribir: se busca un jefe. Se aguarda, todavía, que aparezca un jefe. En oportunidades más naturales del dinamismo social, si las posiciones fuesen bien protegidas y no desmanteladas por las revoluciones, la historia no tendría la iniciativa de llamar a la valorización efectiva, las cualidades de ese hombre aunque fuesen ellas las más extraordinarias.

Si el terreno no estuviere libre y la historia no se encontrase a la expectativa, las leyes de la vida no concederían excelsas valorizaciones al individuo, ni a los objetivos puros de afirmación personal. Sin exagerar en sentido alguno, en el duelo entre el hombre y la historia, reina más en la gue-

rra, una suprema y divina armonía colocándolos oportunamente lado a lado para mayor rendimiento de ambos. La ley universal del menor esfuerzo está presente en el campo social.

En el fondo de la ferocidad, manchado de sangre el primer surco de una idea nueva, había algo de verdadero, de justo y de potente. El sentimiento de renovación, la explosión primaveral de los recientes impulsos biológicos, acometiendo con decisión y directamente contra la decrepita forma del viejo régimen, ahora vacío de su potencia substancial y sobrecargado de incómodas superestructuras seculares.

Evidentemente, la revolución francesa contenía principios; si en la iniciación se manifestaron bajo la forma más baja, es porque el objetivo de la destrucción estaba confiado a aquel período primordial.

Superada la fase necesaria para la limpieza del terreno puede Napoleón comenzar a construir. En el fondo no se trata sino de una larga y lenta revolución secular, por la cual la organización social se perfecciona continuamente, ascendiendo a la justicia, conduciendo con los principios de igualdad siempre más amplios un mayor volumen de ciudadanos con derecho a la vida colectiva.

Los incidentes de entonces, las violencias y las incompreensiones pasan, pero el principio persiste. Queda aquel movimiento ascensional, lento pero constante, aun-

nalidad del poder, cuando era, apenas, un recurso precario. Si Francia, cansada por el esfuerzo de la revolución, deseaba rehacerse bajo la protección de su espada, después de tanta guerra, demasiada guerra, (la guerra por la guerra) terminó por agotarse. Exhausta su función de expandir la idea, el instinto de los pueblos le negó cooperación. La simiente arrojada no exigía para germinar tan abundante sacrificio de sangre.

Cristo, que venció y vence sin la fuerza, en mayores proporciones, debe haber sido, con certeza, un enigma para Napoleón. Existe, por lo tanto, una ley más general: un principio de vida que

sabe encontrar todos los medios para afirmarse, cuando debe hacerlo, porque se encuentra en la ruta de la evolución.

En el momento justo, le presentó el destino una empresa temeraria. El escogería, todavía, la ley de la fuerza, que no admite acomodaciones con los planos de la ley. La fuerza, con la misma naturaleza inexorable y despiadada, actuó contra el propio Napoleón. Por esto, reviviendo su caso con mayor experiencia, en los tiempos modernos, se siente por instinto que el espíritu, tanto como la fuerza, es elemento necesario de afirmación y solidez, en todas las empresas humanas.

"HACEOS TESOROS"

Usted ya sabe que ninguno de los colaboradores recibe, ni aceptaría, un sólo centavo por su labor, "porque no os hagais tesoros en la tierra, donde la polilla y el orin corrompen y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orin corrompen y donde ladrones ni minan ni hurtan; porque donde estuvieren vuestros tesoros allí estará vuestro corazón".

Ofrecemos a los lectores de "Conocimiento" una revista sin más intereses que los surgidos de un afán de comunicar conceptos fundamentales de ciencia, arte, filosofía, metapsíquica, que contribuyen a su mejoramiento. Consideramos que avisos comerciales serían intrusos en ella. Contra estos posibles extraños ocupantes usted debe cooperar suscribiéndose y obsequiando una suscripción.

Tenga presente: este pedido tiene urgencia.

LA NUEVA ERA DE ACUARIO

por CESARE MEDAIL

Traducción de HERNANDO VEGA ESCOBAR
("Domenica del Corriere")

Quiera Dios que estemos cuerdos. Pero según las advertencias de los astrólogos de todo el mundo, acordes con los profetas de la antigüedad y con los videntes de todas las épocas, estamos cambiando de era: entramos en la edad de Acuario.

Las opiniones divergen sobre la fecha exacta del histórico hecho. Hay quienes sostienen que acaeció en 1950, quienes hablan de 1975 y quienes, sin rodeos, van más allá, hasta el próximo siglo. Para comprender los términos de la disputa, hay que explicar qué cosas son estas eras ligadas a los signos zodiacales. El reloj zodiacal muestra el movimiento aparente que hace recorrer al Sol los doce signos (Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis): este movimiento, según la astrología se presenta en la curva de 26.000 años. Se trata de un movimiento en sentido inverso respecto al aparente que cumple el Sol en el curso de un solo año.

Dividiendo la cifra de los 26.000 años por doce, resulta que cada 2.150 años el Sol cambia de signo, y entonces se producen en el mundo grandes transformaciones religiosas y sociales. Las dudas sobre la fecha de iniciación de la era de Acuario, dependen de algunas divergencias sobre la duración del ciclo entero: 25.820 años para algunos, 25.765 ó 25.812 para otros. De todos modos, es cuestión de pocos decenios.

Pero ¿ha sucedido en verdad que, cuando ha cambiado de signo, también las cosas han cambiado sobre la Tierra? La primera era a la cual hacen referencia los astrólogos —más atrás es difícil sondear en la noche de los tiempos—, es la de Tauro, que va del 4320 al 2160, más o menos, antes de Cristo. Los expertos en la materia la hacen coincidir con la época del culto religioso del Toro, del cual efectivamente se encuentran huellas en todas las antiguas civilizaciones. En Egipto, el culto del

llevará a la era de Acuario. Para abrir una claraboya sobre el futuro es necesario repasar las profecías del Viejo y el Nuevo Testamento, a los grandes videntes de la historia, desde Malaquías hasta Nostradamus.

Sobre una cosa todos estamos de acuerdo: será una era de prosperidad material, de grande elevación espiritual, de inimaginable progreso, de solidaridad mundial, de plena justicia social. Entre los acontecimientos "precursores", muchos sitúan la revolución soviética, el advenimiento del socialismo en diversas partes del mundo, el surgimiento de organismos supranacionales y el ecumenismo de la Iglesia. Será una era de paz, sin conflictos internacionales y sociales.

Todo bien, en síntesis, pero el paso, desdichadamente, no ha sido ni será sin dolor; el gran cambio se verá precedido de graves desastres. Algunos, lo esperamos, ya han pasado, pero no puede decirse que han terminado: grandes calamidades son de esperar aún, al menos hasta fines de 1999, si es que tienen razón aquellos que sitúan el comienzo de la era de Acuario en el siglo próximo.

"Grandes tinieblas preceden al «temps urnal», al que seguirá una edad de oro y de paz universal", dice Nostradamus. Y "le temps urnal" es precisamente la era de Acuario. El famoso vidente francés del 500 anuncia un gran acontecimiento en los umbrales del 7º

milenio, y lo fija en 1999 y siete meses: la aparición de "un gran monarca que llega del cielo". Antes, sin embargo, ve ciudades devastadas, matanzas, "pájaros insólitos en el aire" (cohetes, aviones?) y otras cosas de este tipo.

Predicciones análogas se encuentran en los textos del Nuevo Testamento. La segunda epístola de San Pedro dice que la "destrucción por el fuego" precederá la "venida de una nueva tierra donde reinará la justicia", mientras el Apocalipsis prevé revoluciones y guerras antes de la llegada de un nuevo orden de sentimientos de justicia.

Para volver a Nostradamus, el fin de la era de Piscis deberá coincidir también con el fin de la Iglesia de Pedro. Lo cual concuerda con las célebres profecías de San Malaquías, que cuenta todavía cuatro Papas, antes del último, "Petrus Romanus"; pero no debe tratarse, según los expertos en predicciones, del fin de la religión. Será, más bien, una completa renovación de la Iglesia, que llevaría al mundo hacia formas más elevadas y perfectas de espiritualidad. Sería exactamente el "gran monarca" de Nostradamus, que en 1999 llega a producir la transformación.

No nos adentraremos en el laberinto de predicciones y profecías, ni intentaremos interpretaciones. En un comentario a Nostradamus se habla de una segunda encarnación de Cristo a fines del si-

D-72

Buey Apis (que en realidad era un toro) surge alrededor del 4100. En Persia, Caldea, Asiria, Babilonia, Creta, en toda la antigüedad, el animal era objeto de veneración. De ello existen pruebas arqueológicas y documentos históricos, todos referentes a la misma curva de tiempo. La imagen del toro sagrado se encuentra hasta en cavernas-santuarios españoles y del sudoeste francés. Pero con el 2160, el Sol, en su movimiento aparente, ha dejado este signo para entrar en el de Aries.

En tal caso, los estudiosos de la astrología ven un cambio en la historia de la humanidad: la era de Tauro fue dominada por la idea de la soberanía de la fuerza y produjo una civilización en la cual las masas destinadas a los más duros trabajos sufrieron pasivamente las vejaciones de las castas dominantes: la era de Aries ve nacer la idea de un pueblo elegido, protegido por Dios, cuyo credo introduce por vez primera en la civilización el concepto de justicia.

Los historiadores de la astrología explican que en casi todos los pueblos la imagen del Carnero, como símbolo de la divinidad, sustituye a la del Toro. Marston, en el libro "Y la Biblia tenía razón", fija la fecha del nacimiento de Abraham en el año 2160, exactamente en el del paso zodiacal, y "Abraham" significa, según algunos estudiosos, "venido del Carnero" o "hijo del Carnero". En la Biblia es un ángel, caballero en

un carnero, quien detiene la espada de Abraham en el acto de sacrificar a Isaac; en Egipto, el faraón Amenemhat sustituye el culto del Buey Apis con el del carnero Ammón, alrededor del 2000. En suma, la imagen de la divinidad asume dondequiera, en los repertorios arqueológicos, el aspecto de un carnero; tumbas de Ur de Caldea, esculturas asirias, incisiones del cristianismo. El Mesías ha presentado en Creta con cuernos de carnero o con un carnero a su vera, etc.

El paso de la era sucesiva, la de Piscis, coincidiría en cambio, con el advenimiento del cristianismo. Lo cual coloca, la entrada del Sol en este signo, en la primavera del año uno de nuestra era. También en este caso, pues, el paso astroológico coincide con una profunda transformación religiosa y social. El símbolo de Piscis está ligado directamente a los orígenes del cristianismo. El Mesías ha escogido como símbolo el pez, o el monograma "Ichtys" (exactamente "pez" en griego). Jesús Christos Theu Hyios Soter (Jesucristo, Hijo de Dios Salvador), y todavía los primeros cristianos dibujaban un pez para reconocerse: el pez acostado sobre un plato se encuentra en las imágenes de los ágapes rituales de los catecúmenos. Finalmente, Pedro, el fundador de la Iglesia, es un pescador, lo mismo que los demás apóstoles.

Así, era tras era, se llega al cambio que se espera y que nos

glo, que podría guiar a la humanidad del gran cambio hacia la nueva era, no sin haber sacrificado al Anticristo, cuyo advenimiento, según el Apocalipsis, está previsto casi por todos (hay quienes han fijado ya para 1963 su fecha de nacimiento, para 1891 su primera manifestación pública y para el fatídico 1999 la muerte, luego de haber combinado todo género de males sobre el planeta).

Inútil, como queda dicho, adentrarse en el dedalo de las profecías, tanto más cuanto en el umbral de cada nuevo milenio todos resultan profetas o se consideran infalibles exégetas de los antiguos videntes. Ya hoy comienzan a publicar opúsculos y publicaciones varias que pretenden saberlo todo sobre la nueva era. Menos mal que, esta vez, ninguno predice el fin del mundo.

LA PAGINA DEL LECTOR

A raíz de una iniciativa surgida durante la visita a España de un colaborador de la Redacción, se ha resuelto crear "La Página del Lector", donde todos los lectores podrán exponer sus ideas, comentarios y puntos de vista, ya sea sobre artículos publicados en la revista, ya sea sobre cualquier tema que fuera de su interés. Las opiniones emitidas implicarán sólo la responsabilidad de sus autores y, para dar oportunidad al mayor número de expresar su pensamiento, no podrán excederse de un máximo de 180 palabras, siendo especialmente apreciadas las comunicaciones más sintéticas.

Invitamos a nuestros amigos a escribir a esta sección, que habrá de transformarse en un vehículo de acercamiento entre todos los lectores. La misma se publicará a partir del próximo número.